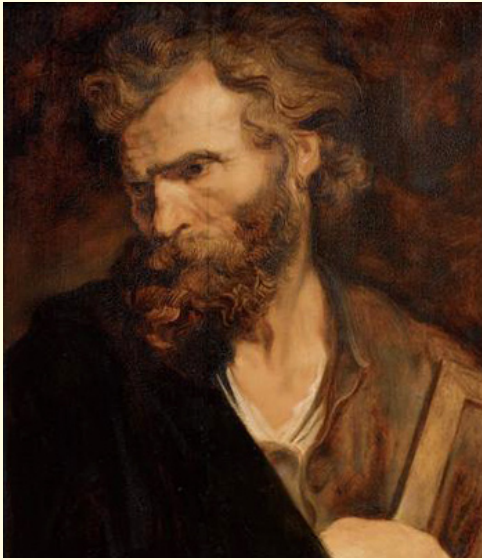


# Santos Simón y Judas, apóstoles (28 de octubre)



**Judas Tadeo** aparece último en la lista de los doce Apóstoles de Jesucristo (Mateo 10,3, Marco 3,18). No sabemos cuándo ni cómo entró a formar parte de los discípulos. Lucas le llama «Judas de Santiago» (Hechos 1,13). Juan aclara: «Judas, no el Iscariote» (Juan 14,22). Tadeo quiere decir: «valiente para proclamar su fe». Después de la Última cena, cuando Cristo prometió que se manifestaría a quienes le escuchasen, Judas le preguntó por qué no se manifestaba a todos. Cristo le contestó que El y su Padre visitarían a todos los que le amasen: «Vendremos a él y haremos en él nuestra morada» (Juan, 14, 22-23). No sabemos nada de la vida de San Judas Tadeo después de la Ascensión del Señor y la venida del Espíritu Santo. Se atribuye a San Judas una de las epístolas canónicas, que tiene muchos rasgos comunes con la segunda epístola de San Pedro.

La escasez de datos sobre Judas Tadeo y algunas identificaciones equívocas de su persona se vieron reflejadas en la variedad iconográfica que lo caracteriza. Se le representó con una maza o un mazo, herramienta con la que -según la tradición católica- sufrió martirio (hasta el siglo XIV se lo personificó con frecuencia con alabarda o hacha, e incluso con espada). A menudo sus representaciones portan una imagen de Jesús, a veces con forma de medallón, en el pecho, en recuerdo de la leyenda según la cual este apóstol habría llevado el medallón a la corte del rey Abgar V de Edesa, para sanarle. (En realidad, quien portaba el medallón era Tadeo de Edesa, uno de los setenta y dos discípulos mencionados en Lucas 10,1-24, pero para cuando fue descubierto el error, la iconografía del medallón en el pecho de Judas Tadeo ya se había popularizado). También se le representa con una llama de fuego sobre su cabeza, significando su presencia en Pentecostés, y un rollo en representación de la epístola de Judas, uno de los libros canónicos. La tradición popular lo venera como el santo de las causas difíciles y desesperadas.

**HIMNO:** Voceros de Dios, heraldos de amor, apóstoles santos.  
Locura de cruz, de Dios es la luz, apóstoles santos.  
Mensaje del Rey, de amor es la ley, apóstoles santos.  
De Cristo solaz, sois cristos de paz, apóstoles santos.  
Sois piedra frontal del reino final, apóstoles santos.



El nombre de **Simón** aparece en todos los pasajes de los Evangelios y los Hechos, en los que se da la lista de los Apóstoles. Para distinguirlo de San Pedro se le llama Kananaio, o Kanaites (Mateo 10,4; Marcos 3,18), y Zelotes (Lucas 6,15; Hechos 1,13). Ambos nombres (Kananaio y Zelotes) tienen el mismo significado y su traducción al hebreo es *qana* (el Celoso). El apelativo, haría referencia a su ánimo ardiente, a su celo por la ley y las tradiciones judaicas; o bien podría aludir a su precedente simpatía, o también militancia, por el partido de los zelotes, movimiento nacionalista que tuvo un papel notable en la desastrosa sublevación de los judíos contra los romanos (66-70 d.C.).

Fuera de su nombre, el Nuevo Testamento no nos da más noticias de él. Dado que en todas las listas apostólicas aparece siempre con Judas Tadeo, es probable que los dos deban contarse entre los «hermanos» de Jesús recordados en el Evangelio: «¿No es su madre (de Jesús) María. y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas?» (Mt 13,55; Mc 6,3). Para algunos habría sido crucificado; según otros, habría sufrido el martirio de la sierra. Las antiguas representaciones iconográficas nos lo presentan en una y otra forma. Se le considera patrono de los curtidores.

**La actualidad para nosotros de esta fiesta** de los dos Apóstoles, que ocupan el último lugar en la lista de los escritos neotestamentarios, nos invita a pensar en los obreros de la viña que son contratados en último lugar hacia el atardecer (cf Lc 14,10) y que reciben su salario como los primeros. Aunque fueran los menos importantes del colegio apostólico, no obstante la misión de estos dos apóstoles, desconocida para nosotros en parte (salvando la carta de Judas), nos recuerda la dignidad de nuestra misión en el mundo sin límites de espacio (He 1,18). Ésta no depende ni del prestigio humano o de la publicidad, ni menos aún del éxito, sino sólo de permanecer edificados sobre el fundamento del testimonio apostólico (cf Ef 2,20: primera lectura de la misa) y de la hospitalidad divina en nosotros como fruto de la observancia de la palabra de Cristo transmitida por los apóstoles. También nuestra fe apostólica debe ser un testimonio de conversión (He 1,22). (E. Lodi)